

RESUCITAR AL ETERNO BOHEMIO: ALEJANDRO SAWA

LUIS MIGUEL VICENTE GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid

ALEJANDRO SAWA, *Declaración de un vencido* (ed. de J. C. Mbarga), Clásicos Libertarias, Madrid, 2005, 199 págs.

Bienvenida es siempre toda edición que rescate textos fundamentales de la literatura española contemporánea, y pocos como este de Sawa dibujan fiel y dolorosamente el nuevo perfil de literato finisecular, huérfano del inestable mecenazgo de los periódicos, y proclive desde su tierna juventud a la autodestrucción. El hombre que inspiró a tantos, que fue Max Estrella en *Luces de bohemia*, o simplemente Alejandro Sawa en la literatura memorialista de Cansinos Assens o de Baroja, se retrata a sí mismo en esta autobiografía ficticia que es *Declaración de un vencido* bajo el nombre de Carlos Alvarado, abogado al suicidio con veinte años por la miseria y el fracaso que le atenazan. El relato se propone como un aviso para caminantes de la misma índole, para que escarmienten en su ejemplo los jóvenes que quieran dejarlo todo por ganar gloria en Madrid.

Recuerda el personaje Carlos Alvarado al literato (Florido) de *Bohemia* de Cansinos Assens: la misma frustración en la redacción de los periódicos, la degradación de la bohemia alcoholizante, el sabor ambiguo de la prostitución, entre el asco y la ternura a veces, las explosiones de la sensibilidad en arrebatos de llanto, de ira, de postraciones¹. Toda una radiografía del difícil mundo del literato, que

¹ Véase L. M. Vicente, «Bohemia: un eslabón de la gran obra memorialista de Cansinos Assens», en *La República de las Letras y las Letras de la República* (ed. de F. López Criado, Universidad de

comienza a abrirse paso en un Madrid que también ha idealizado y que le decepcionará por lo sucio e inhóspito.

En el caso de Sawa la exaltación romántica choca a propósito con el pulso de la realidad, de un modo muy común en la técnica naturalista. Carlos Alvarado no reniega de la vida, a la que sigue considerando bella, sino de la maldad humana y del veneno que esconde la búsqueda de gloria literaria. Sawa hace en esta novelita contrastar duramente los ideales altruistas con que llega el joven de dieciocho años a Madrid con la miseria que le lleva a convertirse en poco tiempo en chulo de una prostituta. No es posible, dirá el protagonista-narrador, mantener la túnica blanca por las calles de Madrid.

Sawa escribe esta novela en 1887, a cierta distancia de su última etapa de gran miseria y ceguera a partir de 1906. Es un joven, pues, de veinticinco años, que puede equiparse al protagonista Carlos Alvarado de veinte. Se nota la juventud en la exaltación de los sentimientos, tanto los dolorosos como los del amor que le llevan a hacer retratos hiperbólicos de la belleza de su amante, Julia, todavía con una cierta estética romántica y de folletín. Domina la idea de un destino aciago, de una desgracia inevitable y omnipresente, que fue cobrando cuerpo no sólo con el suicidio sugerido del personaje sino en la propia vida de Sawa, de quien certeramente dijo Manuel Machado «Jamás hombre más nacido para el placer, fue al dolor más derecho»². Hay muchas claves de la personalidad de Sawa en *Declaración de un vencido*; claves que casi constituyen un manifiesto sobre el literato bohemio que luego alguien más hábil para vender convirtió en *Luces de bohemia*. Pero no habría *Luces de bohemia* sin Alejandro Sawa y no habría tampoco la estética del esperpento. Valle ha plasmado mucho de lo que Sawa prodigó entre amigos y tertulianos y en sus escritos.

Otro gran testimonio sobre Sawa es el de Cansinos Assens al que Mbarga apenas si menciona en su introducción. Ninguna otra mirada desmitificaría y reviviría tan adecuadamente la vida de aquellos futuros famosos poetas modernistas como los cuadros de su novela *Bohemia*. La casa del suegro de Villaespesa se convierte en otro lugar de reunión para Florido y «pudo advertir con el tiempo que todos los amigos se reían de él (de Villaespesa) en tanto lo colmaban de elogios» (pág. 152). Luego salen a celebrar sus euforias, le llevan al literato a ver al gran Alejandro Sawa, del que se ofrece en *Bohemia* un retrato único, digno de recordarse. Un Sawa que,

[...] era el jefe de aquella familia de bohemios, y el de más auténtico valor literario, aunque tampoco escribía apenas, sino que derrochaba la pedrería corruscante de su imaginación en cafés y tabernas. Su prestigio era, sobre todo, anecdótico. El sólo de por sí era un espectáculo. Retrepado en su diván del café, según lo vio por primera vez el literato, cruzadas las piernas, echada la cabeza de rizada melena gris hacia atrás, una mano apoyada en el puño

A Coruña, 2005, págs. 113-119 y «La mirada de Cansinos Assens en *Bohemia*: Literatura, periodismo y diario personal», *Analecta Malacitana*, xxviii, 2, 2005, págs. 715-739.

² *Apud* J. C. Mbarga, *op. cit.*, pág. 17.

del bastón y con la otra aliñándose los grandes rizos grises que le caían sobre la frente, entornados los ojos medio ciegos, quemados de tinta y alcohol, y con el perrazo alebrado a sus pies, gustaba de evocar anécdotas de sus tiempos bohemios de París, y nombrar con nostalgia al pobre Lelian, a Baudelaire, a Mallarmé, todos muertos ya³.

Sawa fascina al literato, que apenas tiene ojos para los demás, «Con qué pena veía alejarse lentamente al viejo maestro, envuelto en su capita, con su gran perro al lado. Solo con sus gloriosos recuerdos» (pág. 166) Son los otros poetas los que mitifican esa realidad penosa que ve Florido en Sawa:

Los otros comentaban ¡Qué gran poeta! Qué modelo de escritores nobles y erguidos. Parece su propia estatua... Es el escritor que no claudicó nunca, que llevó siempre dignamente su bohemia, sin vender nunca su pluma. Con su inmenso talento pudo serlo todo en este país de mediocres; los políticos —Moret, Silvela—, quisieron atraérselo, le ofrecieron direcciones de periódicos, altos cargos... Él lo rechazó todo..., por altivez de espíritu, por rebeldía... Gobernador, diputado, ministro..., eso está al alcance de cualquier cretino... En su juventud fue republicano, escribió aquellas novelas fuertes [...] Artículos terribles y lapidarios... Le procesaron por delito de imprenta, lo condenaron a destierro... Si hubiera querido, lo habrían amnistiado... Él prefirió no mendigar favores, aceptó el ostracismo y se fue a París... allí conoció a Víctor Hugo, anciano, y a Verlaine, joven, y a todos los raros, exquisitos poetas de aquel tiempo... Allí se transformó, se trasfiguró y volvió de allí hecho otro... Este Sawa, viejo de edad, pero joven de espíritu, como uno de nosotros... Qué gran hombre en este país de pigmeos (págs. 166-167).

Es Villaespesa quien le está retratando, según los recuerdos de Cansinos Assens, en las facetas que luego hará famosas Max Estrella:

Esa es la suerte que nos aguarda al genio en este cochino país de burgueses tacaños, y vividores desaprensivos, y políticos hueros... La suerte que nos aguarda a todos... Pero ¿quién no la envidiaría? Mejor llegar a viejo ciego como Homero y como Belisario, con una gran obra tras de sí, que no gordo y feliz como cualquier cretino (pág. 168).

Así arenga Villaespesa a los jóvenes modernistas sobre la figura de Sawa hasta que llegan a su casa y se despide cambiando de tono y recordándoles que hay que hablar con Baroja y Valle para que colaboren en la revista.

Ya en el primer tomo de *La novela de un literato* (1882-1914) nos presenta Cansinos a Alejandro Sawa como el gran bohemio del Modernismo. El director del

³ R. Cansinos Assens, *Bohemia* (edición, introducción y notas de R. M. Cansinos), Fundación Cansinos Assens, Madrid, 2002, pág. 165.

Motín, el viejo republicano Nakens, le dio una carta de recomendación para Alejandro Sawa,

Que acababa de llegar de París, donde había estado años desterrado por delito de imprenta, y del que se contaban tantas anécdotas pintorescas; entre ellas la archiconocida de haberle besado Víctor Hugo en la frente, que desde entonces no había vuelto a lavarse, y aquella otra de haberle leído un drama en blanco a un empresario parisiense, del que había tomado ya dinero a cuenta (pág. 70).

Es lógico que Cansinos se sorprendiera de aquella recomendación de Nakens, porque,

¿Qué podía mi recomendante prometerse de práctico de aquel bohemio que vivía de sus sueños de alcohol y sus delirios de grandeza? Yo me quedé atónito cuando me encontré ante aquella casucha de vecindad del callejón de las Negras, donde alojaba su gloria el gran escritor fracasado.

Y más atónito me quedé todavía cuando, guiado por las indicaciones de la portera, subí aquella escalera derrengada y pina que desembocaba en un corredor con habitaciones numeradas, y llamé con los nudillos a aquella puertecilla sin timbre, vieja y sucia (pág. 71).

Aparece entonces la que luego fue madame Collet en *Luces de bohemia*:

Abrióme con muchas precauciones —sin duda, temían que fuese un acreedor—, una señora rubia de alguna edad, ya canosa, envuelta en una toquilla, y que hablaba con acento francés. Al oír el nombre de Nakens, una voz pastosa y bronca dijo desde dentro: —Abre, Marie, que pase (pág. 71).

Y así nos ofrece Cansinos su primer encuentro con Alejandro Sawa:

Pasé y me encontré ante un hombre ya provector, rasurado como un actor, con unas melenas casi blancas y unos ojos grandes, cansados, soñolientos. Estaba en calzoncillos y se cubría con la sábana de la cama, donde sin duda estaba echado antes de llegar yo. Y en aquel pergeño, mostraba el gesto arrogante de un César. Sus rasgos de estatua clásica contribuían a la impresión.

—Oh —exclamó con un tono histriónico—, viene usted de parte de mi viejo amigo Nakens!... Pase, pase... —y me tendió su mano, blanca, larga, de dama o de prelado. Yo se la estreché, le di la carta y él la abrió para leerla (pág. 71).

Mientras le invita a sentarse en la única silla de la habitación de la que Marie retira algunos trapos:

Iba yo a sentarme cuando, de pronto, no sé de dónde, salió un gran perrazo que se abalanzó sobre mí y me agarró de los pantalones. Yo tuve un momento de cómico apuro. [...] Pero el escritor acudió en mi auxilio [...] Y luego, encarándose conmigo, añadió muy jovial: —no se asuste usted, joven...

Esa es buena señal. León sólo les ladra a las personas de talento... A las demás las desprecia... Luego, con toda naturalidad, como un actor que recibe a medio caracterizar en su camerino, siguió:

—¡Ah! ¡Es usted literato!... Y posee el don de lenguas... ¡Magnífico! Yo sólo conozco el francés de Racine y el griego de Homero... ¡Oh el Verbo! ¡El poder del verbo! —suspiró, se me quedó mirando y de pronto exclamó nostálgico: Joven, lo miro y me recuerda a mi pobre amigo y tocayo Alejandro Dumas!... Tenía su misma cabeza rizada, amplia, exuberante sobre los anchos hombros... Veo en usted el signo del genio..., el signo infausto y glorioso de los hijos de Saturno..., como decía mi pobre amigo Verlaine (págs. 71-72).

Luego se asombra de que Nakens se le haya recomendado porque,

Yo, joven, no soy ya nada..., no tengo poder alguno..., mis manos no tienen la esmeralda de Nerón ni la amatista de los cardenales... Yo soy un pobre valetudinario, ciego como Homero y como Belisario... Ni siquiera tengo juventud... ¡Ah jeunesse, jeunesse!... La lloro como Safo lloraba su virginidad perdida... En mí puede usted aprender la vanidad de todas las cosas... Como dijo el Eclesiastés: «Mateotis mateoteton kai panda mateotis»... (pág. 72).

Marie acompaña con suspiros desde otro cuarto las palabras de su pareja mientras este prosigue:

Yo he sido grande..., he conocido la gloria..., he recibido en la frente el beso consagrado del gran Hugo, he bebido el ajeno con el pobre Lelian (yo no sabía entonces quién fuese el pobre Lelian ni ninguno de aquellos grandes hombres que él evocaba), [...] he vivido el gran mundo del arte y de la gloria y ahora, ya me ve usted, aquí, hundido en este chamizo, oscuro y fracasado como mi pobre amigo Wilde, cuando no era más que Sébastien Melmoth... sic transit gloria mundi... Llevo unos días sin poder salir de casa por no tener pantalones (pág. 72).

Aunque se consuela solo:

—Pero en fin, no hay que apurarse, Cést la bohème..., el signo del genio..., de los elegidos..., de los infaustamente privilegiados..., de los que no somos M. Homais ni tenderos de ultramarinos... Es preferible no tener pantalones a no tener talento... Yo no me cambiaría por mi prestamista... Así que no se desanime usted..., no venda usted su talento por una lengua a la escarlata... (págs. 72-73).

Y sigue el delirio del mítico bohemio que se explaya con su también mítica verbosidad ante el novel Cansinos, exhortándole a conservar su talento y a recitar

algo suyo. Cosa que hace el novel con apuros y que da pie a nuevos bríos delirantes de Sawa immortalizados en esas páginas de *La novela de un literato*:

Yo le oía en silencio, abrumado por aquella locuacidad inagotable, condimentada de especies helénicas. Halagado por mi silencio, él se animaba, se erguía, y, envuelto en la clámide de su sábana, adoptaba actitudes de César, con el gran perro alebrado a sus pies. Olvidaba su situación miserable, transfiguraba aquel cuartucho humilde, deponía su aire elegíaco del principio y asumía el de un himno narcisista (pág. 74).

Cansinos está embelesado:

Hablaba como un gran actor y yo le oía sinceramente embelesado, y en mi interior asentía a sus palabras, contagiado de su exaltado lirismo. Le envidiaba su gloriosa historia, su leyenda más bien, sin pararme a pensar que aquel gran bohemio no dejaba obra alguna, que toda su obra eran aquellas digresiones grandilocuentes en los divanes de los cafés, y con él se extinguiría (pág. 76).

Pero así y todo para el joven Cansinos ejercía Sawa una fascinación semejante a la que debió causar en Valle Inclán, y así abandona el cuartucho del bohemio totalmente contagiado de su rebeldía:

Y al salir a la calle, oscura y fría, sin más luz que la antorcha simbólica, miré con desdén el palacio y los jardines del Duque de Alba, vecino, por ironía de la suerte, de aquel gran hombre que llevaba en sus venas sangre de dioses helénicos (pág. 77).

En este mismo tomo de *La novela de un literato* refiere Cansinos cómo le lleva una noche Paco Villaespesa al café Nuevo Levante, donde tiene su tertulia Valle Inclán, a quien promete presentarle. Y está claro que Valle no es un vencido como Sawa ni lo va ser nunca porque tiene un carácter mucho más agresivo y sabe imponerse:

No falté a la invitación de nuestro guía lírico y Paco, que ya me esperaba, me presentó al autor de las *Sonatas*, que tuvo para mí una mirada benévola en el curso de sus chispeantes monólogos. Valle-Inclán tenía allí su tertulia con Bargiela, Nilito, el crónico de arte Balsa de la Vega y los Barroja; tenía su tertulia, o, mejor dicho, su cátedra, pues allí no hablaba nadie más que él, en tono profesoral y dogmático, y no se callaba ni aún cuando tocaba la música, como no fuera la de Wagner, para imponer silencio a los cretinos que manifestaban su desagrado por aquella música incomprensible. Entonces la gran voz de don Ramón tronaba por encima de la tormenta musical del gran Ricardo, gritando: —¡Cretinos! (págs. 140-141).

El vulgo se soliviantaba con aquel trato pero no se atrevía nadie a atacar a aquella figura imponente:

Aquel vulgo [...] era el mismo que se reía de sus melenas y no entendía tampoco su prosa modernista, y merecía aquellos apóstrofes insultantes y despectivos. Había momentos en que el conflicto parecía inminente; pero la severa figura del poeta, figura de ermitaño o de héroe, con sus largas barbas fluviales (¿cómo pudo Darío hablar de sus barbas de chivo? y su brazo mutilado, imponía involuntario respeto a los más atrevidos, y la calma se restablecía instantáneamente. Y el poeta seguía hablando, en tono doctoral, mesándose suavemente las barbas con el brazo sano, y agitando, como un ala, la hueca manga del otro (pág. 141).

Es como Sawa una persona de carisma y de incontrolable verbosidad contagiada de acentos exóticos:

Hablaba con una facundia ceceante, que desmentía su origen galaico y sin duda trajera de sus correrías americanas, desarrollando toda una Estética de todas las artes, salpicada de paradojas, rasgos de ingenio y mordacidades para los críticos incomprensivos, que todos escuchaban atentos y embobados, sin atreverse a contradecirle, limitándose a expresar su discrepancia con meneos de cabeza o subrayar con sonrisas sus originales paradojas (pág. 141).

Era Cansinos de los más embobados escuchando a Valle según su propio testimonio:

[...] saboreaba con unción religiosa el placer de sentirme cerca del gran literato, que escribía aquellas cosas admirables y que hasta entonces había sido mi ídolo lejano, al que sólo viera pasar por las calles, con una emoción que hacia palpitar mi corazón juvenil como la vista de una novia inaccesible. Y ahora estaba junto a él y oía su voz y contemplaba de cerca su figura de ermitaño de libro de estampas devotas y a veces caía sobre mí su mirada, refulgente al través de los cristales de sus lentes, como un relámpago de gloria.

Pero terminó la música y el café empezó a quedarse vacío. El autor de las Sonatas, feo católico y sentimental como su marqués de Bradomín, se levantó, recogió su bastón y todos los contertulios lo imitaron (pág. 141).

Salen a la calle detrás de él «que abría la marcha con Bagiela y Villaespesa» en dirección a la plaza de Oriente, «Caminando despacio, jugando con el bastón, dando cintarazos al aire y sin dejar de hablar de los misterios del estilo y del enigma del arte. Su voz sonaba hueca en la calle solitaria y sus lentes refulgían al pasar de los faroles» (pág. 142). Otros jóvenes de pinta modernista se les unen para escuchar y ver a Valle que seguía sentando cátedra con sus divagaciones nocturnas reproducidas con mucha gracia por Cansinos, hasta que llegaban a la plaza de Oriente donde Valle, frente al palacio,

Enarbolando su bastón y apuntando imaginariamente a sus regios habitantes, los apostrofaba en nombre de su credo carlista: —¡Usurpadores

austriacos, levantaos y dejad ese trono a Don Carlos, su verdadero dueño!...; Follones y malandrines, levantaos y huid..., o venid a luchar con el marqués de Bradomín, que aquí os espera!... La voz y la actitud del escritor alarmaban a los centinelas, que se asomaban a sus garitas, avizorantes... Valle-Inclán, visto que nadie respondía a su reto, daba por terminado aquel paso honroso y bostezaba: —Bueno, vámonos, señores. Testigos sois todos de que nadie ha recogido mi reto... Y la loca partida se desbandaba, celebrando a carcajadas su triunfo (págs. 142-143).

Vivía en perpetuo ayuno... Era un marqués de Bradomín, y como él, feo, católico y sentimental (pág. 94).

Cansinos tenía una imagen de Valle de encontrárselo en la calle:

En el curso de aquellos paseos tropezamos una vez con la figura insólita de un escritor que entonces llamaba la atención con sus cuentos afrancesados de *Los Lunes de El Imparcial*, y su extraño pergeño bohemio, de melena hasta los hombros, barbas de ermitaño, monóculo de ancha cinta negra colgante y botitos de financiero, bastón y guantes, y uno de los brazos perdido en la holgura de la flotante manga. Era —nos indicó nuestro viejo amigo [Lorenzo González] don Ramón del Valle-Inclán. Y nos contó la historia, tan sabida, de cómo perdiera el brazo izquierdo —Ahora es manco y en eso, por lo menos, se parece a Cervantes..., ja, ja... Indignaba a la gente con su prosa modernista, su facha extravagante y las frases que se le atribuían, llamando a Cervantes y Echegaray viejos idiotas (págs. 32-33).

Sawa es el vencido y Valle el que está dispuesto a presentar batalla social; Pero Sawa es la mayor inspiración de Valle, su gran Max Estrella, el primer poeta de España.

En su introducción a la edición de *Declaración de un vencido* Mbarga suministra unos apuntes biográficos basándose sobre todo en las aportaciones del trabajo de Allen W. Philips⁴. Reconoce lo poco que se sabe de la infancia y juventud de Sawa. Parece que llegó a Madrid en 1881, con diecinueve años y en su propia recreación de aquella etapa aparece la misma imagen del artista que nos describe en *Declaración de un vencido*, «Véome vestido con un ropón negro de orfandad cuando recuerdo aquel período; pero yo llevaba por dentro mis galas. Eso me basta para mitigar el horror de algunas memoraciones» (*Apud* Mbarga, pág. 15) Sawa proyecta en esta novela el máximo contraste entre escritor joven, inocente e idealista y sociedad corrupta y despiadada:

Tener diez y ocho años, y un alma fresca y grande, abierta a todas las expansiones generosas; decir «la gloria» con la petulancia del que afirma un hecho averiguado; creer sin haber todavía vivido, más bien por instinto que por razonamiento; creer ciegamente en la virtud y en el cariño de todos; ser niño, completamente niño, más que por la edad por el optimismo de

⁴ A. Sawa, *Mito y realidad*, Turner, Madrid, 1976.

mis juicios, y figurarme una especie de malvado, incapaz en mis maquinaciones de ningún género de misericordia; llevar enormes acumulaciones de amor por todo el cuerpo [...] sentirme de tal modo mezclado, confundido, con toda la obra de la naturaleza [...]. Así era yo entonces, así me conocí Madrid cuando me fundí en su seno. Ya sé yo que a todas estas cosas las llaman los hombres prácticos tonterías. Pues así fui yo antes de que me empujaran al Calvario (pág. 138).

El parecido entre Sawa y su personaje es obvio: Alejandro Sawa o Carlos Alvarado y Rodríguez, su heterónimo en esta novela, vienen a ser lo mismo. Desde ambas perspectivas se evoca la misma idea de víctima inocente de la ciudad de Madrid y sus miserias. Sawa arrastró durante toda su vida esa sensación de ser un artista desperdiciado, a quien de todos modos nadie podía arrebatarse sus galas interiores, y fue, efectivamente, como le recuerdan los artistas contemporáneos suyos, la más imponente imagen del genio, no importa con qué harapos fuera cubierto.

Los recuerdos citados de Cansinos tienen una enorme fuerza de reportaje en el que es fácil visualizar las imágenes vivas.

El argumento de esta novela es sencillo y las huellas del folletín están todavía presentes: el joven escritor que deja su Cádiz natal para acudir a Madrid en busca de gloria y se encuentra en poco tiempo mendigando su subsistencia, enamorado de Julia que deja primero a su amante para irse con el joven escritor, al que también pronto abandona cuando se queda sin dinero. La prostituta que encuentra luego, Carmen, a la que chulea degradándose como si fuera un destino inexorable, sirve para incorporar el mundo del malditismo, el amor a las prostitutas y su retrato de luces y sombras. La degradación que siente el escritor y el callejón sin salida que le lleva al suicidio es prácticamente toda la acción, con la descripción de la redacción del periódico donde comienza, envuelto también en un ambiente de miseria. El resto de la novela corresponde a la exaltación de sentimientos, a la raíz folletinesca. La descripción de la belleza de Julia, que es inefable, su estado de enfermo de amor, las explosiones de su mundo interior, que a veces se transforman en llanto, su refugio en el alcohol que también es presentado como destino inexorable, a causa de la miseria y la mala fortuna con el dinero y con las relaciones humanas. Sin embargo lo folletinesco de esos sentimientos se confunden con el propio mito de Alejandro Sawa, y la forma en que fue recordado en numerosas obras literarias de sus contemporáneos⁵.

El propio Sawa está construyendo desde muy temprano el mito de sí mismo igual que el de su personaje en *Declaración de un vencido*. Andrés Hurtado no es Baroja pero Carlos Alvarado sí es Sawa. O tal vez mejor decir que Baroja se proyecta en muchos aspectos de su personaje Andrés Hurtado pero no se identifica

⁵ Mbarga señala que «La crítica ha rastreado la literaturización de Sawa, entre otras obras, en las siguientes: *Alborada*, de Ernesto Bark, *Aurora Roja* (1904), *Los últimos románticos* (1906), *El árbol de la ciencia* (1911), de Pío Baroja, y *Luces de bohemia* (1920) de Valle-Inclán (pág. 23) Habría que añadir entre otros el muy especial testimonio de Cansinos Assens en *Bohemia y La novela de un literato*. Mbarga da más referencias en este sentido en las notas 29 y 30 (pág. 23).

con su destino. Es un personaje más característico de novela mientras que los personajes de novela de Sawa se decantan como vehículos para la expresión poética, para la exaltación neorromántica que tenía en la bohemia crecida a la sombra de los periódicos su principal nido. Hay un gran parecido entre el personaje Florido de *Bohemia* de Cansinos Assens y el Carlos Alvarado de *Declaración de un vencido*. La misma juventud bohemia frustrada, aspirante eterna a participar en las redacciones de los periódicos como medio de supervivencia, los mismos escarceos con el alcohol y la prostitución, con la excepción de que al menos Florido el literato vive con una familia y una madrina que le da cariño, es otro emigrado de Sevilla a Madrid, pero no llega solo como Carlos Alvarado.

La edición de Mbarga es valiosa sobre todo por acercar la obra de Sawa al público contemporáneo, por rescatarla de un injusto olvido. Se añade esta edición a las anteriores de este crítico, *Crimen legal* (Madrid, Libertarias, 1999) y *Noche* (Madrid, Libertarias, 2001). Comprende la edición de *Declaración de un vencido* una introducción extensa (págs. 13-79) con dos partes diferenciadas: La primera mucho más breve (págs. 13-28) repasa la trayectoria vital de Alejandro Sawa, sirviéndose de las investigaciones realizadas sobre su biografía; investigaciones escasas que dejan muchas lagunas por cubrir. Poco se sabe de su infancia y juventud. También se menciona, como se ha dicho, la repercusión de Sawa en la obra de otros autores, sobre todo como personaje y como mito y promete el autor un estudio más sistematizado sobre este asunto, sobre el que hemos querido añadir aquí los valiosos recuerdos de Cansinos Assens.

De menos valor me parece la segunda parte de la introducción que Mbarga titula «Aproximación semiótica a *Declaración de un vencido*» (págs. 31-79) porque la encuentro repetitiva y porque no me convence el artificio de las denominaciones que se emplean para analizar el relato. Cuando la herramienta de análisis sobrepasa en dificultad al propio relato me parece un artificio innecesario. Que se hable de «El sistema verbal» bajo el apartado «Retórica o Pragmática» puede ser un ejercicio para el aula, pero no me parece relevante incluirlo en la introducción porque contiene a mi parecer muchas obviedades que le quitan frescura y elegancia a la introducción, aunque los tecnicismos empleados del mundo de la semiótica parezcan elevarla al lugar de las ciencias. Hay demasiadas digresiones metaliterarias que poco explican sobre *Declaración de un vencido*. Pertenecen a un debate de teoría de la literatura, permiten citar a unos y a otros teóricos, pero se alejan notablemente del relato en cuestión, que puede ser presentado de un modo más sencillo y sin las constantes redundancias a que obliga adoptar un esquema de análisis como el de Mbarga: «El propósito mío en el presente capítulo es presentar sinópticamente la novela *Declaración de un vencido* como un signo, desde el punto de vista morfosintáctico, semántico y pragmático, siguiendo en cierto modo, pero no tan al pie de la letra, las tres divisiones esenciales de la semiótica» (pág. 31) Esto le lleva al autor a explicar y definir constantemente las propias categorías que se emplean y entrar en el debate teórico de la propia semiótica, lo cual difumina en exceso el acercamiento al relato y en vez de aclararlo lo convierte en pretexto de digresiones que aquí resultan gratuitas. Hay apartados como

el de «Morfosintáctica» (pág. 32) que no dicen nada del relato, están como superpuestos, reciclados desde el debate de la Semiótica. Pero es cierto que no está hecho de cualquier modo, simplemente señalo que no me convence ese tipo de acercamiento a la obra, que no es el más apropiado para una obra de difusión general. Que se pierda la elegancia y espontaneidad del ensayo para consagrar un artificio que poco o nada aclara del relato. Sobra el exceso de metaliteratura en esta introducción; suprimida queda una introducción mucho más elegante y sin perder nada de interés. Mbarga ha sacrificado mucho espacio a esos manifiestos constantes de semiótica que a lo más le dan al texto un tono más pedante, que no más aclarador. Ganaría en claridad presentando la visión crítica de la sociedad que ofrece el relato sin necesidad de integrar este aspecto en el apartado «semántica» que es gratuito. Mbarga menciona con acierto la explotación del proletariado periodístico que refleja esta novelita y las connotaciones autobiográficas que aparecen bajo la piel de Carlos Alvarado. Es lástima que de nuevo se disperse Mbarga al tratar el tema de la autobiografía trayendo a colación definiciones y teorías que nada explican en este caso. En cambio es útil y acertada la comparación de los elementos comunes entre la vida del personaje Carlos Alvarado y el propio Alejandro Sawa. Desde mi punto de vista el defecto de esta introducción radica una y otra vez en el exceso de discurso teórico que fuerza demasiado el análisis del relato, mucho más eficaz cuando el autor va al grano. Buscar que los relatos cumplan unas categorizaciones previas impuestas desde la semiótica permite citar a muchos e irse por muchas ramas, pero no siempre se favorece un alumbramiento mejor del texto que se presenta. Y este es para mí el caso. Exceso de etiquetas y categorías, que a veces no ocupan más que un párrafo y que no dejan fluir el análisis de esta novela con la sencillez y la claridad que el propio crítico sabe mostrar una vez que abandona el discurso semiótico. Habrá a quien tal discurso le parezca de todos modos interesante. Y no cabe duda que este tipo de digresiones le permiten incorporar numerosas referencias bibliográficas de teoría de la literatura y semiótica que engrosan notablemente la introducción. Es sólo que para mí no es este el lugar apropiado porque me parece forzar el relato para que luzcan las teorías, y sobre todo porque no iluminan la novela en absoluto, y menos para un público ajeno al mandarinesco lenguaje de la semiótica.

Por otro lado Mbarga hila su introducción con un uso excesivo de nexos clichés del tipo «cabe decir» que le permite efectivamente traer a colación todas las referencias que le apetecen sobre aspectos de semiótica. Y se usan con mucha profusión las citas del propio texto de la novela, a veces de más de una página, que podrían ir simplemente referenciadas cuando son tan extensas, ya que pertenecen a la misma novela que se está prologando. Mbarga reseña de todos modos lo esencial de la novela. Muy loable es la labor de este crítico de rescatar a Sawa del olvido y eso prepondera sobre cualquier otra consideración. Lo señalado como defectos para quien escribe es asunto de detalles pues creo que en general se difunde mejor una obra con una introducción más natural, menos teórica. Falta en cambio alguna información sobre los criterios seguidos para esta edición.

Señala Mbarga la fuerte crítica al período de Fernando VII pero tengo la impresión que confunde esa época recordada por Carlos Alvarado como ejemplo de barbarie con el tiempo del relato que no es la primera mitad del XIX sino la segunda mitad. Hay en suma un análisis pormenorizado de los diversos elementos del relato, análisis que sigue las categorizaciones de la semiótica y que por ello conlleva un cierto discurso teórico independiente del propio relato. Pero eso no obsta para que los diversos aspectos de la novela sean también atendidos con lucidez y minuciosidad por Mbarga, que va consiguiendo difundir a un escritor imprescindible en la literatura española contemporánea. Por lo demás, Mbarga ha realizado una importante investigación bibliográfica para realizar esta edición, lo cual facilita mucho el acercamiento al texto y sus posibles contextos. Pero sobre todo hay que agradecer que haya puesto los textos originales de Sawa al alcance del gran público.